



A LOS SACERDOTES Y DIÁCONOS

Carta Pastoral del Cardenal
Arzobispo de Valencia
Antonio Cañizares Llovera

A LOS SACERDOTES Y DIÁCONOS

Con la mirada fija puesta en Jesús, vayamos a Él,
aprendamos de Él, escuchémoslo y sigámoslo

Carta Pastoral del Cardenal Arzobispo de Valencia
Antonio Cañizares Llovera
al comenzar el Curso Pastoral 2018-2019

© Arzobispado de Valencia, 2018

Edita:

Arzobispado de Valencia

Diseño y producción gráfica:

Medianil Comunicación

www.medianil.com

Fotografía:

Servicio Audiovisual Diocesano

Arzobispado de Valencia

Portada:

Cristo del Salvador.

Iglesia del Salvador (Valencia).

SUMARIO

- 07 I. Introducción y saludo
- 09 II. Las claves de esta carta: “Venid a Mí, aprended de Mí, proseguid el camino con la mirada fija en Jesús”
- 10 III. El cansancio de los sacerdotes y palabras del papa Francisco sobre el cansancio sacerdotal
- 15 IV. “Aquí estoy para hacer tu voluntad”
- 17 V. Tened los mismos sentimientos de Cristo
- 18 VI. En primera línea de evangelización: Necesitamos vivir la fraternidad sacerdotal que somos
- 21 VII. La fraternidad sacerdotal, clamor del presbiterio
- 24 VIII. La alegría de ser sacerdotes, de ser amigos del Señor y vivir la comunión, fraternidad sacerdotal
- 27 IX. Llamados a identificarnos con Cristo en la fraternidad sacerdotal, a ser santos sacerdotes
- 34 X. Sacerdotes para la Eucaristía. La Eucaristía, centro de la vida del sacerdote: hermano y evangelizador con los demás sacerdotes
- 40 XI. Dimensión universal de la Eucaristía y del sacerdocio: Sacerdotes para la misión y la evangelización
- 43 XII. Sacerdotes para evangelizar en una Iglesia evangelizadora y “en salida”
- 48 XIII. Evangelización y oración del sacerdote y de la comunidad, inseparables entre sí
- 50 XIV. Sacerdotes “Misioneros”. Los Vicariatos de la Amazonía peruana nos esperan
- 52 XV. Vocaciones sacerdotales: Necesidad urgentísima e inaplazable
- 54 XVI. “Éste es mi Hijo, el amado: escuchadle”

CARTA PASTORAL DEL ARZOBISPO DE VALENCIA A LOS SACERDOTES Y DIÁCONOS DE LA DIÓCESIS DE VALENCIA



**CON LA MIRADA FIJA
PUESTA EN JESÚS,
VAYAMOS A ÉL,
APRENDAMOS DE ÉL,
ESCUCHÉMOSLO
Y SIGÁMOSLO**

1. INTRODUCCIÓN Y SALUDO

Queridos hermanos sacerdotes y diáconos: Os escribo esta Carta al principio de un nuevo curso pastoral, como otros años, para animarnos a reemprender el camino con renovado vigor, sin retirarnos ni aflojar la marcha, con la mirada puesta en Jesús, iniciador y consumidor de nuestra fe, que es quien nos precede en los trabajos del Evangelio que reemprendemos, pero que nunca dejamos. Tengo ante mí el informe final de la Comisión sobre lo que ha sido y habéis aportado en las reflexiones del itinerario seguido en los diversos arciprestazgos del Proceso de Reencuentro Sacerdotal. Doy gracias a Dios por vosotros y con vosotros, por cuanto reflejáis y aportáis con datos de situación y reflexiones sobre la realidad vuestra. ¡Gracias!

Hago míos sentimientos y palabras de Pablo en su segunda Carta a los Corintios, como si fuesen para nosotros, aunque Pablo se refiera a toda la comunidad. Con los sentimientos de Pablo, como si fueran los míos, con su mismo cariño y reconocimiento, os escribo. Siento un orgullo sano de todo el presbiterio, sé que, en general, estáis bien dispuestos, que os dais a vosotros mismos en el ejercicio de vuestro ministerio, a veces incluso por encima de vuestras propias fuerzas y que sobresalís en muchas cosas. A todos os saludo lleno de alegría en el Señor.

Permitidme que lo diga, mis amados hermanos sacerdotes y diáconos, ¡qué gozo tan grande, para mí, el dirigirme a vosotros, como años anteriores, para alentaros reconociendo lo que Dios hace en y con vosotros y en favor vuestro que

os mantiene fieles en el carisma que habéis recibido y que os constituye! ¡Gracias por la alegría que me proporcionáis siendo así y actuando así!

Debo añadir, sin embargo, que me produce cierta tristeza, por vosotros, el informe último de la Comisión para el “Proceso de Reencuentro Sacerdotal”, tiempo de gracia, como está siendo, gracias a Dios, al comprobar —así lo refleja el mencionado informe— en algunos de vosotros, un cierto desánimo, cansancio o desesperanza, o dejando asomar una cierta crítica que podría ser de descontento cara a vuestros Obispos o falta de confianza en vuestros Obispos, y su gobierno, por el sentimiento de lejanía que parece ser percibida por algunos de vosotros. Reconozcámoslo, en vuestras reflexiones aparecemos los Obispos más como una estructura, en el fondo funcional, o parte de una estructura u organización que desearíais fuese o actuase de otra manera, que como un ministerio fundamental de la Iglesia, ministerio de comunión, de presidencia de gobierno en la caridad, ministerio de santificación, ministerio de enseñanza y animación en la obra evangelizadora de la Iglesia, del que vosotros participáis. No aparece en este sentido mención a los Obispos, por ejemplo, en el campo de la enseñanza o de su magisterio. Parece más, en lo que reflejan vuestras aportaciones, una Iglesia presbiteral que una Iglesia residida por el Obispo que nos une a toda la Iglesia. Perdonad que os lo diga de esta manera, pero como padre y pastor, y hermano y amigo vuestro, debo decíroslo.

2. LAS CLAVES DE ESTA CARTA: “VENID A MÍ, APRENDED DE MÍ, PROSEGUID EL CAMINO CON LA MIRADA FIJA EN JESÚS”

Por eso, teniendo presente el informe sobre el Reencuentro Sacerdotal, y prosiguiendo, ampliando y completando mi homilía en el día de la Misa Crismal, que es el cañamazo de esta Carta Pastoral y en realidad una repetición ampliada de la misma, quiero deciros, ante todo y sobre todo, para que lo tengáis muy presente, como grabado a fuego en vuestro corazón a lo largo de este curso que vamos a comenzar, aquellas palabras de Jesús: **Venid a Mí** los que estáis cansados y agobiados; **aprended de Mí**, que soy manso y humilde de corazón”, y aquellas otras de la carta a los Hebreos: **“Proseguid el camino, sin retiraros con la mirada fija puesta en Jesús, que supo también de ignominia”**.

Fijaos lo que os recuerdo en el comienzo de esta Carta, tres palabras: **Venid a Mí, aprended de Mí, proseguid el camino con la mirada fija puesta en Jesús**. Estas tres palabras —“venid a Mí, aprended de Mí, con la mirada fija en Jesús”— deberían ser siempre y de manera especial en este curso aún del Proceso de Reencuentro Sacerdotal las claves de una nueva andadura en la que sea superado el cansancio, reanimado nuestro reencuentro personal con Jesús y siguiéndole a Él como el único Norte de nuestro caminar y nuestro actuar, de nuestro ser y de nuestro obrar.

3. EL CANSANCIO DE LOS SACERDOTES Y PALABRAS DEL PAPA FRANCISCO SOBRE EL CANSANCIO SACERDOTAL

Comprendo que estéis cansados, incluso desanimados: los trabajos por el Evangelio son duros, los frutos escasos y frágiles, no paráis, de aquí para allá, siempre, sin sosiego, muchas actividades, responsabilidades diversas acumuladas, algunos varios pueblos; infinidad de preocupaciones, dificultades por doquier, soledad, sentirse no comprendidos ni aceptados suficientemente, incluso por la jerarquía, descrédito de la Iglesia en los medios y por los medios de comunicación social, opinión adversa de las redes sociales frente a lo eclesial; ambiente hostil de instituciones sociales y políticas, pecados de miembros cualificados de la Iglesia; sacramentos que se reciben de rutina o por costumbre pero sin la fe explícita y operante, matrimonios muy débiles, desmotivación de las familias,... Tantas y tantas cosas que producen ese desánimo que se traduce en cansancio o en malestar o incluso en crítica, demasiadas cosas y demasiada carga. Lo comprendo; comprendo que el estado de ánimo se cuartee. Por eso os digo lo que vengo repitiéndoos desde que llegué como Obispo vuestro a esta diócesis tan querida por todos y por la que estáis dispuestos, sin duda, a dejaros hasta la piel: Volvamos a Jesús, centrémonos en Jesús: esto es lo principal y primero de todo. Recordad aquel pasaje en el que Jesús, al regresar de la correría apostólica a la que había enviado a sus discípulos, se retiró con ellos a descansar, y los “enseñaba con calma”. Sólo Él nos enseña cuando la labor pastoral nos fatiga o disminuye nuestras fuerzas o nuestro celo, necesitamos de Él para reponernos, escucharle a Él, aprender de Él.

Nos vamos a detener en el tema del cansancio de los sacerdotes y lo vamos hacer escuchando al papa Francisco en una homilía a los sacerdotes de Roma sobre el cansancio. Os transcribo en gran parte el texto un poco largo que no tiene desperdicio: “El cansancio de los sacerdotes, dice Francisco. ¿Sabéis cuántas veces pienso en esto: en el cansancio de todos vosotros? Pienso mucho y ruego a menudo. Especialmente cuando el cansado soy yo. Rezo por los que trabajáis en medio del pueblo fiel de Dios que os fue confiado, y muchos en lugares muy abandonados y peligrosos. Y nuestro cansancio, queridos sacerdotes, es como el incienso que sube silenciosamente al cielo (*cf. Sal 140, 2; Ap 8,3-4*). Nuestro cansancio va directamente al corazón del Padre. Estad seguros que la Virgen María se da cuenta de este cansancio y se lo hace notar en seguida al Señor-Ella, como Madre, sabe comprender cuándo sus hijos están cansados y no se fija en nada más. ‘Bienvenido. Descansa, hijo mío, después hablaremos... ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?, nos dirá siempre que nos acerquemos a Ella (*EG, 286*). Y a su Hijo le dirá, como en Caná: No tienen vino” ...

“Tengamos bien presente que una clave de la fecundidad sacerdotal está en el modo como descansamos y en cómo sentimos que el Señor trata nuestro cansancio. ¡Qué difícil es aprender a descansar! En esto se juega nuestra confianza y nuestro recordar que también somos ovejas y necesitamos que el Pastor nos ayude. Pueden ayudarnos algunas preguntas al respecto.

¿Sé descansar recibiendo el amor, la gratitud y todo el cariño que da el pueblo fiel de Dios? O, luego del trabajo pastoral,

¿busco descansos más refinados, no los de los pobres sino los que ofrece el mundo del consumo? ¿El Espíritu Santo es verdaderamente para mí 'descanso en el trabajo' o sólo aquél que me da trabajo? ¿Sé pedir ayuda a algún sacerdote sabio? ¿Sé descansar de mí mismo, de mi auto-exigencia, de mi auto-complacencia, de mi auto-referencialidad? ¿Sé conversar con Jesús, con el Padre, con la Virgen, con San José, con mis santos protectores, amigos, para reposarme en 'sus' exigencias —que son suaves y ligeras—, en 'sus' complacencias —a ellos les agrada estar en mi compañía—, en 'sus' intereses y referencias —a ellos sólo les interesa la gloria de Dios—? ¿Sé descansar de mis enemigos bajo la protección del Señor? ¿Argumento y maquino yo sólo, rumiando una y otra vez mi defensa, o me confío al Espíritu Santo que me enseña lo que tengo que decir en cada ocasión? ¿Me preocupo y me angustio excesivamente o, como Pablo, encuentro descanso diciendo: 'Sé en Quién me he confiado' (2 *Tim* 1, 12)?

Quisiera compartir con vosotros algunos cansancios en los que he meditado: Está el que podemos llamar 'el cansancio de la gente', de las multitudes: para nosotros, como para el Señor, era agotador; pero es cansancio del bueno, cansancio lleno de frutos y alegría... El Señor no se hastiaba de estar con la gente. Al contrario, parecía que se renovaba (*cf. EG* 11)... Si Jesús está en medio de nosotros pastoreando, no podemos ser pastores con cara de vinagre, quejosos ni, lo que es peor, pastores aburridos. Olor a oveja y la sonrisa de padres... Sí, bien cansados, pero con la alegría de los que escuchan a su Señor decir: 'Venid a mí, benditos de mi Padre' (*Mt* 25, 34).

También se da lo que podemos llamar 'el cansancio de los enemigos'. El demonio y sus secuaces no duermen, y, como sus oídos no soportan la Palabra de Dios, trabajan incansablemente para acallarla o tergiversarla. Aquí el cansancio de enfrentarlos es más arduo. No sólo se trata de hacer el bien, con toda la fatiga que conlleva, sino que hay que defender al rebaño y defenderse uno mismo contra el mal (*cf. EG 83*)... La palabra del Señor para estas situaciones de cansancio es: 'No temáis, yo he vencido al mundo' (*Jn 16,33*). Y esta palabra nos dará fuerza.

Y por último, está también 'el cansancio de uno mismo' (*cf. EG 277*). Es quizá el más peligroso. Porque los otros provienen de estar expuestos, de salir de nosotros mismos a trabajar (somos los que cuidamos). Este cansancio, sin embargo, es más auto-referencial; es la desilusión de uno mismo pero no mirada de frente, con la serena alegría del que se descubre pecador y necesitado de perdón, de ayuda: éste pide ayuda y va adelante. Se trata del cansancio que da 'el querer y no querer', el haberse jugado todo y después añorar los ajos y las cebollas de Egipto, el jugar con la ilusión de ser otra cosa. A este cansancio me gusta llamarlo 'coquetear con la mundanidad espiritual'. Y cuando uno se queda solo se da cuenta de que grandes sectores de la vida quedaron impregnados por esta mundanidad y hasta nos da la impresión de que ningún baño la puede limpiar. Aquí sí que puede haber cansancio malo (*cf. Ap 2,3-4*). Sólo el amo descansa. Lo que no se ama cansa y, a la larga, cansa mal...

La imagen más honda y misteriosa de cómo el Señor trata nuestra cansancio pastoral es aquella del que 'habiendo

amado a los suyos los amó hasta el extremo' (Jn 13,1). Me gusta contemplarla como el 'lavatorio de los pies'. El Señor purifica el seguimiento mismo. Él se 'involucra' con nosotros (cf. EG 24), se encarga en persona de limpiar la mancha, ese humano esmog untuoso que se nos pegó en el camino que hemos hecho en su nombre... Las heridas de guerra Él las besa, la suciedad del trabajo Él la lava.

El seguimiento de Jesús es lavado por el mismo Señor para que nos sintamos con derecho a estar 'alegres, plenos, sin temores ni culpas' y nos animemos así a salir e ir 'hasta los confines del mundo, a todas las periferias, a llevar esta buena noticia del Evangelio a los más abandonados, sabiendo que Él está con nosotros, todos los días, hasta el fin del mundo. Y, por favor, pidamos la gracia de estar cansados, pero ¡bien cansados!' (Francisco). Qué sabias y consoladoras palabras las del Papa, acojámoslas de todo corazón y en el fondo de nuestro corazón: desde ahí las cosas y los ánimos, y el cansancio cambian.

4. "AQUÍ ESTOY PARA HACER TU VOLUNTAD"

Jesús, después de jornadas duras, se retira solo, para estar a solas con el Padre; en ocasiones se retira a solas con algunos discípulos, para encontrarse con el Padre y buscar su voluntad. Eso deberíamos hacer nosotros: retirarnos con Jesús a solas, a veces acompañados de otros discípulos, para buscar la voluntad de Dios, el Padre y hacer como hacía el Padre Carlos de Foucauld, invocarle con el mismo espíritu que este santo: "Padre mío, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; cualquier cosa que Tú hagas de mí, te doy las gracias: estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, que tu voluntad se cumpla en mí y en todas las criaturas". Es ésa la actitud de Jesús y nos la enseñó al darnos el Padre Nuestro: ¡hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo"; y con esa actitud se entregó al supremo sacrificio por nosotros, al supremo trabajo en favor nuestro sin bajarse de la Cruz: "Que no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres. A tus manos encomiendo mi espíritu". Es ahí y así donde descansa nuestra alma y donde hallamos y recuperamos la verdad de lo que somos, no en nuestras estrategias, en nuestras acciones, en nuestros logros, en nuestros éxitos; por esto necesitamos hacer nuestro, carne de nuestra carne, en nuestras vidas, el salmo 130 que dice: "Señor, mi corazón no es ambicioso, ni mis ojos altaneros; no pretendo grandezas que superan mi capacidad sino que acallo y modero mis deseos como un niño recién amamantado en brazos de su madre".

Somos hijos de Dios, con Jesús, por y en Jesús, obra del Espíritu Santo, y llenos de alegría sabemos que caminamos, nos movemos y actuamos llenos de alegría y confianza porque estamos en manos de Dios, todas nuestras empresas nos

las realiza Él, todo es gracia y sin Él y sin su auxilio nada podemos. Como sacerdotes, elegidos y llamados para ser pastores conforme a su corazón, el que vemos y palpamos del que gozamos en su Hijo, somos de Dios y para Él, así viviremos para todos sin reservarnos nada. Con Jesús, a solas con Jesús, acompañados de otros discípulos, de otros hermanos sacerdotes, estamos llamados a recuperar la verdad del "sólo Dios, Dios sólo", que estaba en el centro de la vida de hermanos nuestros y maestros en la fe como son: Pablo, Ignacio de Antioquía, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Tomás de Villanueva, Juan de Ávila, Juan María Vianney, Carlos de Foucauld, el hermano Rafael, Vicente de Paúl, José María Escrivá, Pablo VI, Juan Pablo II, Teresa del Niño Jesús, Teresa de Calcuta, el Venerable José María García Lahiguera, nuestro querido arzobispo que nos ordenó a muchos y fue el gran apóstol de la santidad sacerdotal. ¡Sólo Dios!, hermanos, a quien en ningún momento se le atribuye el nombre de "éxito": así recuperaremos la alegría inmensa de ser y sentirnos hijos para hacer su voluntad que es amar a los demás con el mismo amor suyo que es el de su Hijo, amor que siempre es fecundo y da frutos, los propios del amor. Cuando se vive del "sólo Dios", se vive con alegría, ánimo, esperanza, que es él Mismo, y con la felicidad y dicha de no vivir en autoreferencia de nosotros mismos que produce tristeza, sino en el amor que genera vida y alegría. Lo que os digo no es espiritualismo barato y decadente, sino la sustancia misma de nuestro ser sacerdote, participación del único sacerdocio de Cristo, que así lo define la Carta a los Hebreos: "aquí estoy para hacer tu voluntad".

5. TENED LOS MISMOS SENTIMIENTOS DE CRISTO

Tengamos también muy presente y nos ayudará en nuestro ser y vivir el carisma sacerdotal que nos configura como “otros” del mundo, sin ser del mundo, como dice Pablo: “Tened los mismos sentimientos de Cristo: el cual siendo de condición divina, se despojó de su rango, pasó por uno de tantos, tomó la condición de esclavo, se rebajó hasta la muerte, y una muerte de Cruz”. Ésta es la única manera de seguir a Jesús: con la Cruz. La Cruz es inherente al sacerdote que somos; somos ordenados para el memorial de la Cruz que celebramos en la Eucaristía, y no olvidemos lo que se nos dijo en la ordenación: “Imita lo que conmemoras”. Vivir esto nos llena de alegría y de gozo: la alegría y el gozo de compartir los mismos sentimientos y actitudes de Cristo, ser “otros cristos”; esto nos llena y da fuerzas, ¿o no?

Sin duda, tenía especial deseo de escribiros esta Carta, de explayarme con vosotros, de comunicaros lo que está más vivo en mi corazón, compartir estas cosas con cada uno de vosotros, porque a cada uno de vosotros me dirijo, como si estuviésemos al lado, charlando amical y fraternalmente. Al escribiros, al estar charlando fraternalmente con cada uno de mis hermanos sacerdotes, mi corazón se ensancha. Con lo que os digo aquí y con lo que os dije en la homilía de la Misa Crismal —que no son palabras, ni sentimientos, sino mi persona entera en verdad— expreso mi voluntad y mi deseo de estar a vuestro lado, junto a vosotros, a cada uno, y palpar vuestra presencia, vuestra compañía, sentirlos y sentirme cerca de todos y de cada uno: ¡necesito tanto de vosotros, necesitamos tanto unos de otros, necesitamos

también del Obispo para ser lo que somos, sacerdotes, y el Obispo necesita de vosotros sacerdotes, para ser Obispo y Pastor de la porción del pueblo de Dios que se le confía.

6. EN PRIMERA LÍNEA DE EVANGELIZACIÓN: NECESITAMOS VIVIR LA FRATERNIDAD SACERDOTAL QUE SOMOS

Escuchando vuestras reflexiones de los grupos sacerdotales del “Reencuentro”, os decía en aquella homilía y ahora lo repito, os lo digo no sin emoción: los sacerdotes estáis en primera línea de la evangelización y soportáis el peso del día y del calor (Mt 20, 12) de los trabajos de la viña del Señor. Necesitáis de manera especial del cuidado y cercanía pastoral de vuestros Obispos, hermanos y amigos vuestros, y nosotros necesitamos de vuestra cercanía y cuidado pastoral (cf. LG 28, ChD 16, PO 7), debe ser mutua esta cercanía. Ciertamente, me hago eco de vuestras justísimas aspiraciones, la relación nuestra episcopal con los sacerdotes no ha de ser solamente de tipo institucional y administrativo, sino que, animada ante todo por la caridad (cf. I Pe 4, 8), ha de revelar la paternidad episcopal que será modelo y estímulo de aquella otra paternidad que los presbíteros y diáconos habéis de tener con los fieles que tenéis confiados. Y la relación vuestra con los hermanos sacerdotes ha de ser de fraternidad, expresión de que nos amamos unos a otros, como el Señor nos ha amado: desviviéndonos unos por otros. De un modo especial, esa paternidad y fraternidad se debería manifestar en la situación actual con los sacerdotes

enfermos, con los de edad avanzada, también con los que están al frente de mayores responsabilidades pastorales, o con los que viven más dolorosamente su soledad. Y pido perdón personal y sinceramente, por lo que a mí respecta, por no ser siempre así, como desearíamos todos que fuese. Tanto los Obispos Auxiliares, como un servidor, así queremos que sea siempre, con la ayuda del Señor; ése es nuestro propósito y compromiso. Y así lo haremos en este curso con la Visita Pastoral que vamos a reanudar en tres zonas, y la realizaremos los cuatro Obispos —Torrente, La Ribera y La Marina—, y con la distribución con la atención prioritaria y seguimiento y cercanía por parte de los Obispos a Vicarías: D. Esteban, las Vicarías VI y VIII, D. Arturo, las Vicarías, IV y V, D. Javier, las Vicarías VII y III, y un servidor, las Vicarías, O, I y II. En su momento ya diremos cómo se llevará a cabo y se organizará esto o esta presencia en colaboración con los Vicarios Episcopales territoriales y los Arciprestes.

Un aspecto sobre el que también os quiero decir una palabra es el de los nombramientos. Acusáis que hay amiguismo en los nombramientos y que no se os tiene en cuenta, sobre todo a los Arciprestes. Perdonad que os lo diga, pero no sois justos en vuestra apreciación: no hay amiguismos ni tratos intencionados de favor; se procede hasta ahora buscando el bien pastoral de las comunidades de los destinos, procurando ser objetivos, intentando el bien, por encima de otras consideraciones, de los propios sacerdotes que reciben y aceptan un nombramiento, nunca impuesto, siempre en diálogo. El Consejo de Gobierno ha dedicado, dedica, muchas sesiones de trabajo, quizá demasiadas, al

tema de los nombramientos —que siempre como se decían dos Obispos, uno de ellos, nuestro queridísimo D. Miguel Roca, “¿Cómo haces los nombramientos?”, preguntaba uno al otro y le respondía: “Yo, mal”; y preguntaba éste a su vez: “¿Y tú como los haces?”, y respondía su interlocutor: “Yo también, mal”—. Más allá de la anécdota, los nombramientos siempre son difíciles, complejos, porque se trata de personas y se envían a guiar y cuidar de personas: hay que tener en cuenta situaciones y necesidades pastorales, se han de tener en cuenta cualidades de los sacerdotes, circunstancias personales y familiares (se mira mucho el IV^o Mandamiento de la ley de Dios) de ellos, momentos por los que atraviesan —a veces desconocidas por el presbiterio—. Se acertará o no se acertará, pero lo que sí os puedo asegurar con toda verdad que no se procede ni a la ligera ni arbitrariamente, sino con toda delicadeza y atención. Al año próximo se cambiará el sistema del que ya os avisaré oportunamente; lo que os he dicho de la atención a las Vicarías por parte de Obispos y Vicarios, ayudará en el procedimiento a seguir.

7. LA FRATERNIDAD SACERDOTAL, CLAMOR DEL PRESBITERIO

Voy a insistir y ahondar un poco más en el tema de la fraternidad sacerdotal en la que tanto insistís, con toda razón, en el Proceso de Reencuentro Sacerdotal. Comparto con vosotros este interés y esta inquietud. No es otro el motivo de esta Carta Pastoral y de tantas otras que os he escrito, y de los retiros mensuales que normalmente dirijo a los sacerdotes de Valencia en la Capilla Arzobispal, o en la Iglesia del Salvador, o los retiros frecuentes a los sacerdotes de las últimas promociones o a los diáconos permanentes, o los ejercicios espirituales que dirijo anualmente en el monasterio de Jávea, sino el comunicarme con vosotros, estar con vosotros, cercano a vosotros, entregando mi persona misma a vosotros. Tal vez alguno me pueda decir o me diga: “sí pero no nos recibe cuando pedimos, o tarda tiempo en hacerlo; tenéis razón, pero ser Arzobispo de Valencia es muy complejo por la cantidad de personas y de asuntos a los que hay que atender como padre y pastor; os confieso que la conciencia no me reprocha, pero de todos modos tengo el firme propósito de mejorar, y así lo procuraré en el próximo curso a comenzar; pero ayudadme en esto. Además para que veáis cómo personalmente valoro en la fraternidad sacerdotal, el cultivo y la formación para la fraternidad, ésta constituye un eje primero y un objetivo primordial del Convictorio Sacerdotal “Venerable José María García Lahiguera”, que ya lleva tres años de andadura muy satisfactoria.

Comparto con vosotros la alegría y la belleza de la fraternidad sacerdotal, que somos en virtud del sacramento. Como comentaba el papa Francisco a los sacerdotes de su diócesis de Roma: “ser

sacerdotes juntos, incluso en la gran variedad de los dones y de las personalidades; es más, precisamente esto enriquece al presbiterio, esta variedad de procedencias, edades, talentos. Y todo vivido en la comunión, en la fraternidad. También esto no es fácil, no es inmediato y no se ha de dar por descontado. Antes que nada porque también nosotros sacerdotes estamos inmersos en la cultura subjetivista de hoy, esta cultura que exalta el yo hasta idolatrarlo. Y además es causa de un cierto individualismo pastoral que lamentablemente está difundido en nuestras diócesis. Por ello debemos reaccionar a esto con la opción de la fraternidad. Intencionadamente hablo de "opción". No puede ser algo dejado al azar, a las circunstancias favorables... No, es una opción, que corresponde a la realidad que nos constituye, al don que hemos recibido, pero que siempre se debe acoger y cultivar: la comunión en Cristo en el presbiterio, en torno al obispo. Esta comunión pide ser vivida buscando formas concretas y adecuadas a los tiempos y a la realidad del territorio, pero siempre en perspectiva apostólica, con estilo misionero, con fraternidad y sencillez de vida. Cuando Jesús dice: "En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros" (Jn 13, 35), lo dice ciertamente para todos, pero ante todo para los Doce, para aquellos que ha llamado a seguirlo de cerca" (Francisco).

Habremos de considerar con ánimo el hacer realidad viva y concreta en nuestro presbiterio esta fraternidad sacerdotal, de la que no podemos separar ni olvidar a los sacerdotes pertenecientes a los diversos institutos religiosos y de vida consagrada que forman parte de nuestro presbiterio diocesano y que, por tanto, son parte de esta fraternidad sacerdotal sacramental que nos

constituye y que no es ni debiera ser menos fuerte que la de sangre. De todos modos permitidme que os sugiera que esta fraternidad debe cuajarse y cultivarse en los arciprestazgos, que sean verdadero hogar, taller común de trabajo en unidad y expresión de esta fraternidad; desechando cualquier crítica y murmuración de los compañeros, de los Obispos, o de los Vicarios, a las que somos proclives y tanto nos consumen, queman, y dejan heridas que impiden la comunión; comportándose como verdaderos hermanos en las relaciones recíprocas entre párrocos y vicarios parroquiales que, en alguna ocasión dejan bastante que desear y originan sufrimientos y distancias —los vicarios no son criados, ni los párrocos señores, estamos todos de acuerdo en esto, pero...—; fomentando asociaciones y fraternidades sacerdotales que siempre han sido instrumento de renovación sacerdotal: recordemos, por poner un solo ejemplo, a san Juan de Ávila, o a los santos Arzobispos de Valencia, Santo Tomás de Villanueva o san Juan de Ribera cuyos Colegios formaban en esta fraternidad precisamente; defendiendo a los hermanos sacerdotes, queriéndolos con toda verdad, sin envidias, sin actitudes discriminatorias o distantes, acompañando a los que por diversas razones están más solos o sufren, visitándoos entre sí, sean o no de “mi cuerda”, creando y fortaleciendo lazos de amistad, teniendo verdaderos amigos no “colegas” entre los hermanos del presbiterio, etc.; y tantas otras sugerencias y pensamientos que seguro que vosotros propondréis. En cualquier caso que nadie, sea quien sea, del parecer, del grupo o la tendencia que sea, se sienta excluido, de mi vida personal ni de nadie, marginado, no tenido en cuenta ni valorado suficientemente.

8. LA ALEGRÍA DE SER SACERDOTES, DE SER AMIGOS DEL SEÑOR Y VIVIR LA COMUNIÓN, FRATERNIDAD SACERDOTAL

Comparto con vosotros la alegría de ser sacerdote; es muy gozoso ser sacerdote: ser llamado y elegido por el Señor, ser contado entre los que Él llama “amigos”; llamados a seguirlo, a estar con Él, a aprender de Él escuchándole, para ir a los demás llevándoles al Señor, su Palabra, su perdón, su amor, poderse dedicar a Él, que es nuestra riqueza y nuestra herencia. No hay nada más hermoso para un hombre que esto, ¿Verdad? y así lo expresáis y lo expresamos; ninguno de nosotros lo cambiaríamos por nada ni querríamos ser otra cosa que ser siempre sacerdote; poder reclinar nuestra cabeza, como el discípulo amado, en su pecho, como acontece cuando estamos con Él, junto a Él, en el sagrario, de rodillas o sentados. Cuando nosotros, sacerdotes, estamos ante el sagrario y nos detenemos un momento prolongado allí, en silencio, a solas con Él, sentimos de nuevo, una vez más, la mirada de Jesús sobre nosotros, y esta mirada nos renueva e infunde nuevos ánimos para seguir su llamada, seguirle a Él sólo para ir donde Él nos conduzca. Esta alegría de ser sacerdote es lo más importante que en estos momentos habríamos de sentir y recuperar. Soy consciente, es cierto como dice el papa Francisco, que no es fácil permanecer ante el Señor; no es fácil porque estamos ocupados en muchas cosas, con muchas personas...; pero a veces no es fácil porque sentimos una cierta incomodidad, la mirada de Jesús nos inquieta un poco, nos pone también en crisis... Pero esto nos hace bien. En el silencio de la oración Jesús nos hace ver si estamos trabajando como buenos obreros,

o tal vez nos hemos convertidos en “empleados”; si somos “canales” abiertos, generosos a través de los cuales fluye abundante su amor, su gracia, o si en cambio nos ponemos a nosotros mismos en el centro, y así, en lugar de ser “canales” nos convertimos en “pantallas” que no ayudan al encuentro con el Señor, con la luz y la fuerza del Evangelio.

Sí, es muy hermoso, muy gozoso, es de gran alegría ser sacerdote. Soy consciente, además, empero, de los duros trabajos del Evangelio que soportáis en estos tiempos de inclemencia. Sé de vuestras dificultades que encontráis para que la gente crea y viva el Evangelio; no me son ajenos vuestros sufrimientos grandes, en concreto, ante tantos jóvenes que, llevados por el ambiente, no siguen a Jesucristo como discípulos suyos, ni ignoro tampoco los sacrificios, la soledad a veces lacerante, los fracasos o la escasez de frutos, los cansancios, ni tantas otras cosas que este tiempo depara para nuestro ministerio sacerdotal. Tiempos recios los que vivimos, intensos, pero apasionantes, semejantes a los de Pablo y la Iglesia apostólica, por ello martiriales, que merecen la pena, porque lo que está en juego es entregar el Evangelio y que la gente se abra a él y crea en Jesucristo, esperanza única para tiempos en que se necesita el apoyo, en primer lugar de Dios que nunca falla ni falta; pero también el apoyo de los hermanos sacerdotes y, particularmente, de vuestros obispos: así lo constatáis y manifestáis en vuestro trabajos y sinceras reflexiones del Reencuentro Sacerdotal, que, una vez más, os agradezco. Lo expresabais vosotros mismos en una sesión del Reencuentro Sacerdotal, cuando en vuestra reflexión sobre el momento actual y los retos que se

nos plantean, como “camino o estrategia” a seguir, situabais muy en primer término el apoyo, la cercanía, el aliento de vuestro Arzobispo y de los Obispos Auxiliares. Contad con ello. Es preciso que nos alentemos y animemos mutuamente. Y nos alentemos y animemos mutuamente en nuestro camino, sin retirarnos, con la alegría del Espíritu Santo, fijos nuestros en Jesús que gustó la Cruz. Es necesario, además, que estemos todos muy unidos, como una piña, en una comunión inquebrantable, ¡cómo añoráis la comunión, es lo que más deseáis y en lo que más insistís!: comunión de los Obispos con vosotros, vosotros con los Obispos, vosotros entre sí; con los fieles y con el mundo actual tan herido; comunión unidad, como decía ya en el siglo II san Ignacio de Antioquía, “como las cuerdas de una lira”, o como nos recuerda san Pablo, siendo un solo cuerpo. Sin esta comunión no vamos a ninguna parte. Es la garantía para que el mundo crea. Comunión en el Señor, afectiva y efectiva; comunión en lo fundamental, comunión doctrinal en la verdad; comunión en los fines, comunión en la caridad pastoral y en el amor fraterno, comunión en la diversidad y pluralidad legítima, comunión para secundar las directrices que nos hemos dado entre todos, por ejemplo en el Proyecto Pastoral diocesano, aprobado hace dos años. Que nada debilite, y menos aún empañe o fracture esta comunión tan indispensable, ni nada debilite la fraternidad sacramental que somos y nos constituye en un único presbiterio, ni nada enfríe la comunión con los fieles que se nos han encomendado y con los hombres de nuestro tiempo, a veces lejanos o alejados por nosotros, sobre todo los últimos, los débiles y los descartados.

9. LLAMADOS A IDENTIFICARNOS CON CRISTO EN LA FRATERNIDAD SACERDOTAL, A SER SANTOS SACERDOTES

Los sacerdotes, por otra parte, precisamente para el Reencuentro en el que estamos embarcados, hemos de buscar e intentar, con la ayuda de Dios, el encuentro con el Señor, lo más importante y decisivo, y con nosotros personal e interiormente, con la Iglesia en su realidad y como es, con la fraternidad que somos sacramentalmente allá donde estemos; y por eso deberíamos recordar, antes de nada —y de eso nos han hablado en las charlas recibidas en las sesiones del Reencuentro Sacerdotal—, que por la unción del Espíritu somos hombres configurados con Cristo, con la persona Cristo y su misión. Así, por la acción del Espíritu, estamos llamados y ungidos para identificarnos con Cristo, Hijo de Dios, en su confianza filial, en su obediencia, en su identificación con el querer del Padre, que quiere que alcance a todos su amor y que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Ser Hijo de Dios es ser de Dios.

Los sacerdotes estamos llamados a ser primariamente hombres de Dios, “amigos fuertes de Dios”, y así cultivar la experiencia de Dios, la vida teologal, la interioridad, la oración: esto no es evasión, es la base, la roca sobre la que edificar. El Espíritu Santo actúa en nosotros, sacerdotes, para que nos unamos y nos conformemos con Cristo humilde y obediente, con sus sentimientos: se despojó de su rango, pasó por uno de tantos, se rebajó hasta lo último, vino como siervo y servidor, aprendió sufriendo a obedecer, obedeció hasta la muerte y una muerte de Cruz; humildes y pacientes para no

confiar en nuestras fuerzas, en nuestras estrategias o cambio de estructuras hechas por nosotros; humildes para aceptar nuestras debilidades, aceptarnos como somos, frágiles y muchas veces sin fuerzas ni arrestos: lo nuestro, como sacerdotes, es servir, pasar por uno de tantos, pacientes con la paciencia del labrador que siembra y no sabe si recogerá pero espera, insertos en el mundo, en el mundo sin ser del mundo, solidarios de los hombres, sin desdeñar de llamar hermanos a los hombres y a los otros sacerdotes, y sin buscar ningún brillo o “relumbre” mundano, sin “mundanizarse”, como dice el papa Francisco.

Es el mismo Espíritu, Espíritu de alegría y desprendimiento, el que ha ungido a Cristo pobre, el que siendo rico se hizo pobre por nuestro amor, vivió pobre y entre los pobres, el que fue ungido para traer la buena noticia a los pobres, hacer de ellos el objeto de su predilección, y ofrecer a los discípulos del Bautista como signo identitario propio el que los pobres son evangelizados, el que manifestó que el bien supremo es Dios y su Reino, y, como expresión de esto, proclamó dichosos a los pobres; por eso, los sacerdotes, configurados con Cristo por el Espíritu, somos ungidos para que, viviendo la pobreza evangélica sigamos el camino que proclama dichosos a los pobres, a los últimos, a los desheredados de la tierra, a los débiles, a los “descartados”, a los marginados de todo tipo; qué alegría provoca la pobreza evangélica: no tener nada, porque se tiene todo, que es Dios.

El Señor, Jesús, además, yendo contra la que se puede considerar cultura dominante de su época, ha elegido libremente vivir célibe: en su seguimiento, nosotros

sacerdotes, lo dejamos todo para cumplir su misión, nos unimos enteramente a Él con un corazón indiviso, con un amor por encima de todo a Dios, para dedicarnos más libremente a Él y sólo Él, al servicio por completo de Dios y de los hombres, entregarnos enteramente a la Iglesia, a la que Cristo amó con un amor único e indivisible y por la que se entregó hasta el extremo, amarnos unos a otros, los sacerdotes; recibimos este carisma del celibato por el Reino de los cielos para vivir consagrados enteramente a la Iglesia, amarla y entregarnos por ella, como el Buen Pastor con una verdadera caridad pastoral. Nosotros, sacerdotes, hemos sido ungidos por el Espíritu Santo con el óleo de santidad para que seamos santos con la santidad que nos corresponde como sacerdotes, y Dios ha enriquecido nuestro presbiterio con abundantes santos que nos han precedido, una verdadera multitud de santos sacerdotes, de obispos santos, algunos muy recientes que hemos conocido. En ellos, regalo de Dios, tenemos el camino a seguir, no es casual; esto entra dentro de la Providencia divina para que nosotros, sacerdotes de hoy seamos santos, y no busquemos otra cosa que ser santos, ésa es nuestra vocación: la santidad sacerdotal. No dejemos pasar este año de reencuentro sacerdotal el recuerdo y el signo de san Vicente Ferrer, en el año jubilar vicentino en el que nos encontramos: tampoco es casual. No olvidemos a nuestros santos pastores: santo Tomás de Villanueva, san Juan de Ribera, el Beato Ciriaco M^q Sancha, que no tardará mucho, estimo y espero, en ser canonizado.

No podemos olvidar todo esto, no podemos dejar en segundo plano ni descuidar nuestra vida espiritual, la llamada a la

santidad, que es vida en Cristo y con Cristo conforme a nuestro estado de vida, ni dejemos en segundo plano nuestra formación permanente y puesta a punto, día a día. Nos lo recuerda también la *Ratio Fundamentalis Sacerdotalis*, que nos insta a todos a cuidar especialmente en los sacerdotes y en los que van a serlo el cultivo de una vida espiritual honda y sólida y de una formación continua teológica e intelectual recia y segura que esté en condiciones de dar razón de la esperanza que nos anima y de iluminar las situaciones de los hombres, de la sociedad y de la Iglesia con la luz de la verdad y del Evangelio. En consecuencia, hermanos y amigos, cuidemos todos una vida espiritual intensa, muy intensa, una vida santa sacerdotal y una vida de estudio y formación permanente muy cuidada. Vosotros, con toda razón, pedís que se fortalezca y renueve la formación permanente, que es puesta a punto de lo que somos y hemos recibido, —ser sacerdotes—, que es reavivar el carisma que Dios ha puesto en nosotros, para ser confirmados y consolidados en nuestra configuración con Cristo, en nuestro discipulado particular como sacerdotes. Y señaláis muy acertadamente que, lo mismo que hay una institución eclesial para la formación en el discipulado en orden a ser sacerdotes, o existe un Convictorio para la prolongación de la actualización, formación y fortalecimiento en los primeros años del sacerdocio, también debiera haber una institución específica que garantice a lo largo de las distintas etapas y circunstancias vitales esa formación permanente. Así será y durante el próximo curso se constituirá con la ayuda y aportación del Consejo del Presbiterio, del Seminario o

Seminarios y Convictorio, de la Facultad de Teología, del Instituto Diocesano de Pastoral o Ciencias Religiosas, de la Delegación del Clero, del Consejo de Gobierno de la diócesis. Sin esto, sin la formación permanente conforme a las enseñanzas universales de la Iglesia y a nuestra tradición y experiencia diocesana de Valencia, seremos pasto de muchas cosas, y ninguna buena; en todo caso, no tendremos la fortaleza ni la sabiduría necesaria para los duros trabajos del Evangelio que nos solicitan.

Nuestra labor ministerial, como tantas veces os he dicho en el tiempo que llevo con vosotros, debe comenzar con la oración: la oración como encuentro con Dios, como trato de amistad y familiaridad con Dios, como ahondamiento de la experiencia en Él, y también como súplica sacerdotal —no lo olvidemos jamás— de mediación e intercesión por los hombres que nos han sido confiados, por lo que están lejos o tenemos cerca: porque esta misión de mediación es profundamente sacerdotal, expresión viva de la caridad pastoral que nos unifica: “Éste es el pastor que ama mucho a su pueblo, el que ora mucho por su pueblo”. O aquello que decía san Agustín al diácono Deogracias, desanimado y desalentado por la escasez de “éxito” en su catequesis: “Cuando no puedas hablar a uno de Dios, háblale a Dios de él”. No me resisto, en este contexto, a transcribiros unos párrafos de una catequesis de san Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars que leíamos en el Oficio de Lecturas el día de su fiesta: “Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquél que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí

mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esa íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundido en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión con Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión. Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con Él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada. Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios.

La oración es una degustación anticipada del cielo... En la oración, hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol". Esto nos lo dice un sacerdote y pastor, santo, testigo singular de vida orante sacerdotal, modelo y patrón nuestro, de todos los curas. Sigámosle en su vida y en sus enseñanzas, y veremos, comprobaremos que es verdad y ahí está el secreto de nuestra vida sacerdotal. También vosotros manifestáis esta necesidad de intensificar la vida espiritual, de que sea más fuerte y sólida, la echáis en falta de alguna manera. En la vida espiritual, además de la oración personal, habremos de cultivar asiduamente la celebración-oración devota y atenta, no rutinaria, de la Liturgia de las Horas, solos o acompañados, la meditación asidua de la Palabra de Dios y la *Lectio Divina*, la devoción filial a la Madre del Señor, la veneración de los santos y de los ángeles, en particular de nuestro Ángel de la Guarda y del Arcángel San Miguel, defensor frente al Maligno, sin omitir el acercarnos frecuentemente al Sacramento del Perdón como humildes penitentes, las conversaciones y

encuentros con nuestro director espiritual que no debemos dejar, los retiros mensuales, los ejercicios espirituales todos los años, etc.: son instrumentos y medios preciosos de los que no podemos prescindir para asegurar el esplendor y hermosura de nuestra propia identidad y asegurar el fructuoso ejercicio de nuestro ministerio. Ayudémonos fraternalmente unos a otros a seguir este camino tan trillado, tradicional y probado.

10. SACERDOTES PARA LA EUCARISTÍA. LA EUCARISTÍA, CENTRO DE LA VIDA DEL SACERDOTE: HERMANO Y EVANGELIZADOR CON LOS DEMÁS SACERDOTES

Entre las múltiples actividades que llenan la jornada de cada sacerdote, la primera corresponde a la celebración de la Eucaristía, que nos conforma con el Sumo y Eterno Sacerdote; en la presencia de Dios encontramos la fuerza para vivir las exigencias del ministerio y la docilidad para cumplir la voluntad de quien nos llamó y consagró, enviándonos para encomendarnos una misión particular y necesaria. Subrayo e insisto en el camino de la Eucaristía: la Eucaristía diaria, la adoración eucarística en sus diversas y posibles modalidades, pasar largos ratos, no fugaces, ante el sagrario, cuidar de manera especial la Eucaristía dominical. De la Eucaristía mana la caridad pastoral, alma de nuestra vida y ministerio sacerdotal. En la Eucaristía y con la Eucaristía Cristo nos entregó todo. Permanezcamos fieles a esta entrega, acaecida por vez primera en el Cenáculo. Celebremos siempre con fervor la Santa Eucaristía. Postrémonos con frecuencia y prolongadamente la adoración delante de Cristo Eucaristía. Entremos, de algún modo, en la “escuela” de la Eucaristía. Muchos sacerdotes santos a través de los siglos (nuestro san Juan de Ribera, san Juan de Ávila, santo Tomás de Villanueva, el Santo Cura de Ars, el venerable cardenal Van Thuan, san Juan Pablo II) han encontrado en ella el consuelo prometido por Jesús la noche de la Última Cena, el secreto para vencer su soledad, el apoyo para soportar sus sufrimientos, el alimento para retomar después de cada desaliento, la energía interior para confirmar la propia elección de fidelidad. El testimonio

que daremos al pueblo de Dios en la celebración eucarística depende mucho de nuestra relación personal con la Eucaristía. “¡Volvamos a descubrir nuestro sacerdocio a la luz de la Eucaristía! Hagamos redescubrir este tesoro a nuestras comunidades en la celebración diaria de la Santa Misa y, en especial, en la más solemne de la asamblea dominical. Que crezca, gracias a vuestro trabajo apostólico, el amor a Cristo presente en la Eucaristía” (san Juan Pablo II).

Celebremos conforme a las disposiciones de la Iglesia, señaladas en la Introducción General del Misal Romano: la Misa no es nuestra, ni podemos hacer de ella lo que queramos, no somos sus dueños, es de la Iglesia y debemos celebrar conforme a lo que ella nos dice; no caben arbitrariedades, ni “títeres” en ella, no podemos exigir a la gente que sigan y acepten nuestras manías, por ejemplo, inventar textos propios, hacer las lecturas que “me apetece”, idear “anáforas”, negar la comunión a quien la pide recibirla de rodillas o en la boca (sí, estas irregularidades y otras se permiten algunos hacerlas a estas alturas: que sepan, por muy progre y auténtico que les parezca, que así están privando a la comunidad de lo más santo, de la Eucaristía, sacramento de fe de la Iglesia, no “mi” Eucaristía, que yo invento y no tiene valor alguno).

En el centro de la vida sacerdotal está la Eucaristía: no lo olvidemos jamás. Nuestro ser sacerdotal es inseparable de la Eucaristía y nuestra existencia sacerdotal queda configurada por la Eucaristía, por el sacrificio que Cristo ofrece al Padre en oblación por nuestros pecados y los de todos los hombres, para la redención y salvación de la humanidad y del mundo entero. En la ordenación sacerdotal, al tiempo que se nos

entrega el cáliz y la patena, se nos dice: "Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la Cruz del Señor". "Imita lo que conmemoras". Por eso toda nuestra vida no debiera ser sino una prolongación de la Eucaristía: nuestros gestos, nuestras palabras, nuestras actitudes, todo debiera expresar ese don de la vida y del amor en favor de los hombres que renueva la ofrenda de Cristo, su amor a los hombres y por los hombres, a los que llama suyos y sus amigos hasta el extremo.

El ministerio sacerdotal, que actualiza permanentemente el sacrificio de Cristo, debe ser vivido con ese espíritu de oblación, de entrega, de sacrificio personal. En definitiva con las mismas actitudes y sentimientos de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, con el que somos configurados sacramentalmente por el Espíritu. "Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad". "Amó a la Iglesia y se entregó por ella". "Los amó hasta el extremo". Todo en nosotros, queridos hermanos sacerdotes y diáconos, debiera ser expresión de esta "ofrenda, oblación y obediencia" al Padre y de esa "caridad pastoral" que llega al don de la vida, del "cuerpo y de la sangre". La caridad pastoral, que nos identifica como sacerdotes, presencia sacramental de Cristo, Buen Pastor, fluye, sobre todo, del sacrificio eucarístico, que es, por ello, centro y raíz de toda la vida del presbítero, de suerte que nos habremos de esforzar, con el auxilio imprescindible del Espíritu, en reproducir en nosotros mismos lo que se hace en el ara sacrificial. En el centro de nuestra vida sacerdotal está, pues, la Eucaristía de cada día. Es esta Eucaristía cotidiana lo que unifica nuestra

vida sacerdotal —a veces tan dispersa—, al igual que centra y unifica la vida de toda la Iglesia. No es un aspecto de la vida sacerdotal junto a otros, sino el vínculo que expresa de modo eminente nuestra vinculación con Cristo y el significado de nuestra vida sacerdotal y nuestra relación con los fieles. A partir de la Eucaristía, a partir de ser sacerdotes para la Eucaristía, nacer de ella y ser lo que somos con ella, la vida del sacerdote no puede ser otra que la de Cristo. No podemos contentarnos con una vida sacerdotal mediocre y superficial. Más aún no cabe una vida sacerdotal mediocre. Nunca debiera haber una vida mediocre y menos en los tiempos presentes en que es tan necesario mostrar la identidad de lo que somos y así dar razón de la esperanza que nos anima.

La Eucaristía, pues, renueva, como vengo diciendo, el único sacrificio de Cristo. En ella el sacrificio de Jesús en la Cruz está realmente presente entre nosotros. A partir de esto aprendemos también qué significa celebrar la Eucaristía de modo adecuado: es encontrarnos con el Señor, que por nosotros se despoja de su propia gloria divina, se deja humillar hasta en la cruz y así se entrega a cada uno de nosotros. Es muy importante, subrayo una vez más, para el sacerdote la Eucaristía diaria, en la que se expone siempre de nuevo a este misterio; se pone siempre a sí mismo en las manos de Dios, experimentando al mismo tiempo la alegría de saber que Él está presente, me acoge, me levanta y me lleva siempre de nuevo, me da la mano, se da a sí mismo. La Eucaristía debe llegar a ser para nosotros una escuela de vida, en la que aprendamos a entregar nuestra vida. La vida no se da sólo en el momento de la muerte, y no solamente

en el modo del martirio. Debemos darla día a día. Debo aprender día a día que yo no poseo mi vida para mí mismo. Día a día debo aprender a desprenderme de mí mismo, a estar a disposición del Señor para lo que necesite de mí en cada momento, aunque otras cosas me parezcan más bellas y más importantes. Dar la vida, no tomarla. Precisamente así experimentaremos la libertad. La libertad de nosotros mismos, la amplitud del ser. Precisamente así, siendo útiles, siendo personas necesarias para el mundo, nuestra vida llega a ser importante y bella. Sólo quien da su vida la encuentra” (Benedicto XVI).

Para vivir en el centro de nuestra vida la Eucaristía, nosotros, sacerdotes, y para vivir nuestro sacerdocio, vinculado intrínsecamente a la Eucaristía, y para que la rutina diaria no estropee algo tan grande y misterioso, necesitamos volver a aquel momento en que Cristo instituyó el sacerdocio al tiempo que la Eucaristía —“haced esto en memoria mía”— y a aquel otro momento en que se nos impusieron las manos y nuestras manos quedaron ungidas. Con aquellos gestos, el mismo Jesucristo tomó posesión nuestra, y el Espíritu Santo, aún con toda nuestra carga de fragilidad y miseria, nos hizo ser signo que como dócil instrumento en sus manos se refiere a Cristo: sacramento de la presencia sacerdotal única y definitiva de Cristo.

Como dijo Benedicto XVI, en la Misa Crismal de 2006, con la hondura, belleza y sencillez que le caracterizan, “nuestras manos han sido ungidas con el óleo, que es el signo del Espíritu Santo y su fuerza. ¿Por qué precisamente las manos? La mano del hombre es el instrumento de su acción, es el símbolo de su capacidad de afrontar el mundo, de ‘dominarlo’. El Señor

nos impuso las manos y ahora quiere nuestras manos para que, en el mundo, se transformen en las suyas. Quiere que ya no sean instrumentos para tomar las cosas, los hombres, el mundo, para nosotros, para tomar posesión de él, sino que transmitan su toque divino poniéndose al servicio de su amor. Quieren que sean instrumentos para servir y, por tanto, expresión de la misión de toda la persona que se hace garante de él y lo lleva a los hombres” (Benedicto XVI). Ha tomado, en primer lugar, nuestras manos y ha puesto en ellas su propio Cuerpo entregado por los hombres, como vida del mundo, amor de los amores, para que lo traigamos a este mundo y lo llenemos de su amor desbordante en favor de todos. En la Santa Eucaristía se da a Sí mismo mediante nuestras manos, se da a nosotros. El gran y supremo servicio que Jesús nos presta a todos, como buen Pastor que da la vida por sus ovejas, está en la Cruz: se entrega a Sí mismo y no sólo en el pasado. Por eso, la Eucaristía está en el centro de la vida y persona del sacerdote. Todo cambia y se renueva en la vida y persona del sacerdote, cuando se vive desde ahí, del don que somos y del don recibido y que se transmite por nosotros a los demás.

11. DIMENSIÓN UNIVERSAL DE LA EUCARISTÍA Y DEL SACERDOCIO: SACERDOTES PARA LA MISIÓN Y LA EVANGELIZACIÓN

La Eucaristía, que renueva el único sacrificio de Cristo por todos los hombres, tiene siempre un alcance universal. Desde ella se comprende que toda participación en el sacerdocio de Cristo tiene una dimensión universal.

En esta Carta, en la que estoy rememorando con vosotros y para vosotros el misterio del don que hemos recibido por la imposición de las manos y la unción del Espíritu Santo inseparables de la Eucaristía, no puedo dejar de recordar aquellas palabras de Jesús, tras la institución de la Eucaristía y el sacerdocio, inseparables entre sí: “Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15, 15). El Señor se pone en nuestras manos, nos transmite a cada uno de nosotros, sacerdotes, y pone en nuestras manos su misterio más profundo y personal: quiere que participemos de su poder de salvación, hagamos presente en medio de los hombres y para los hombres aquello que conmemoramos en memoria suya, es decir, el misterio redentor, salvífico, de amor y reconciliación de la Cruz para todos los hombres. Pero esto, como es obvio, requiere que nosotros, por nuestra parte, correspondamos a su amistad, es decir, seamos amigos suyos de verdad, estemos unidos a Él, permanezcamos en Él, escuchemos y hablemos con Él, le conozcamos cada día mejor por trato de amistad con Él, no de oídas, lo busquemos y lo encontremos donde se encuentra: en el sagrario, en los pobres y en los que sufren; requiere

que nosotros, por nuestra parte, como exhorta san Pablo a los Filipenses (*cf. Fil 2*), tengamos los mismos sentimientos de Jesús. Ser amigos de verdad de Jesús requiere, pues, que nuestros sentimientos se conformen con los de Jesús y que nuestra voluntad se conforme con la suya, que en todo estuvo plegada a la del Padre, que no es otra que los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad, que su amor alcance a todos. Esta voluntad es lo que vemos en Jesús: anunciar el Reino de Dios y llamar a la conversión, evangelizar a los pobres, traer la reconciliación, el perdón y la paz.

“El núcleo del sacerdocio es ser amigo de Jesucristo. Sólo así podemos hablar verdaderamente *in persona Christi*, aunque nuestra lejanía interior de Cristo no puede poner en peligro la validez del sacramento. Ser amigo de Jesús, ser sacerdote, significa ser hombre de oración. Así lo reconocemos y salimos de la ignorancia de los simples siervos. Así aprendemos a vivir, a sufrir y a obrar con Él y por Él... Ser sacerdote significa convertirse en amigo de Jesucristo, y esto cada vez más con toda nuestra existencia. El mundo tiene necesidad de Dios,...del Dios de Jesucristo, del Dios que se hizo carne y sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que resucitó y creó en sí mismo un espacio para el hombre. Ese Dios debe vivir en nosotros y nosotros con Él. Ésta es nuestra vocación sacerdotal: sólo así nuestro ministerio sacerdotal puede dar fruto” (Benedicto XVI).

Avivar y tener los sentimientos de Cristo, mantener y avivar la amistad con Él, permanecer en Él, es la llamada que se nos dirige a todos, de manera particular, en el Proceso de Reencuentro Sacerdotal. Para esto es necesario,

imprescindible, fortalecer y avivar nuestra comunión firme con la Iglesia, Cuerpo de Cristo, esposa de Cristo, sacramento de la presencia de Cristo, inseparable de su Cabeza y su Señor.

La Eucaristía, como hemos recordado, renueva el único sacrificio de Cristo por todos los hombres. Tiene siempre un alcance universal. Desde ella se comprende que también toda participación en el sacerdocio de Cristo tiene una dimensión universal. Por otra parte, como recuerda el Concilio, “el don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación hasta los confines del mundo, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles” (PO 10). Así nos lo indicaba el papa san Juan Pablo II, en su última Carta a los sacerdotes, al hablarnos de la “apostolicidad de la Eucaristía”. Y así, también viene a decirlo Jesús a sus apóstoles tras su resurrección, con estas palabras: “Como el Padre, me ha enviado, así también os envío Yo. Recibid el Espíritu Santo”. Jesús es enviado para todos los hombres, pueblos y naciones, y da su Espíritu Santo para la misión, para traer paz, perdón y reconciliación, sin restricciones. Hacer discípulos de todas las gentes conforme al mandato y deseo de Jesús antes de subir a los cielos, el encargo que él nos dejó; como Él, ungido, ungidos, por el Espíritu Santo, llevar la buena noticia a los pobres, sanar los corazones desgarrados, anunciar la alegría del Evangelio a los necesitados de todo tipo: **“Evangelizar”** es la palabra que lo resume todo.

12. SACERDOTES PARA EVANGELIZAR EN UNA IGLESIA EVANGELIZADORA Y “EN SALIDA”

Vosotros también en vuestra reflexión para el “Reencuentro Sacerdotal” reclamáis, con toda razón, una Iglesia, una diócesis evangelizadora, en clave y en estado de misión, de “salida”, como diría el papa Francisco. Comparto por completo esa inquietud evangelizadora vuestra y me alegro que lo manifestéis. No era ni es otro el Proyecto Pastoral Diocesano que tenemos, precedido de los grupos de “itinerario para la renovación” e “itinerario para una nueva evangelización”; ambos “itinerarios” desembocaron en el Proyecto Pastoral Diocesano para una nueva evangelización de nuestra diócesis. En él tenemos y encontramos abundantes pistas y caminos para llevar a cabo esa nueva evangelización que tanto nos urge y apremia, y que no se puede quedar en palabras. En la publicación de este Proyecto se ofrecen cantidad de sugerencias que están esperando que las pongamos en práctica, que las hagamos realidad, pero entre todos: en las parroquias, en los arciprestazgos, en las Vicarías: ¿A qué esperamos? Es obra de todos, no sólo de la Jerarquía. Por lo demás, es preciso reconocer que se ha difundido la mentalidad evangelizadora y que algunas obras se están llevando a cabo en esta diócesis; por ejemplo: los grupos ALFA, las Células parroquiales, las Escuelas parroquiales de fe, los grupos o comunidades neocatecumenales, los grupos Emaús, algunas misiones parroquiales populares renovadas, algunos grupos de la renovación Carismática, grupos y movimientos familiares, el Instituto Juan Pablo II para difundir el Evangelio en la Familia, los Cursillos de Cristiandad, las Comunidades de Abrahám,

la potenciación de la Acción Católica en algunos lugares, los Oratorios con niños, las catequesis del Buen Pastor, los trabajos interdiocesanos para relanzar y fortalecer una pastoral renovada para la iniciación cristiana, los grupos de formación cristiana de adultos y los que siguen la formación del Instituto Diocesano de Ciencias Religiosas o de Pastoral, los trabajos de la capellanía universitaria de la Universidad Católica y de la Universidad Cardenal Herrera, el Movimiento Junior, los Scouts, y las tareas de siempre como la catequesis de niños, adolescentes, jóvenes y adultos, los grupos de preparación al matrimonio, las tareas educativas en los Colegios Diocesanos y en las Escuelas Católicas, etc. Es preciso reconocer que no estamos parados, que no podemos ser derrotistas como si nada se hiciera, y que, además y en todo caso, a todos nos remueve por dentro esta necesidad; pero no sabemos hacerlo bien, sobre todo con los jóvenes, no tenemos experiencia suficiente en este campo. Este curso será objetivo prioritario de nuestro trabajo pastoral: poner a la diócesis en estado de misión, de nueva evangelización, y de iniciación cristiana, para hacer nuevos cristianos, cristianos de verdad capaces de llevar el Evangelio a otros y de ayudar a otros a ser cristianos. Aprobaremos el Plan Interdiocesano de Iniciación cristiana en el que marcaremos orientaciones y directrices para esta labor primordial en la Iglesia y plantearemos sugerencias concretas de una nueva evangelización, inspirándonos en el Proyecto Pastoral diocesano de nueva evangelización.

Doy gracias a Dios, y os agradezco a vosotros, la inquietud que mostráis en este sentido, es decir por evangelizar, obra sin duda del Espíritu Santo, que nos llena a todos de alegría. Debemos

compartir el gozo, la alegría de evangelizar. Porque evangelizar es una alegría grande: alegría de dar, de compartir el Evangelio de la alegría, el gozo de ser Iglesia, de transmitir el amor de Dios y gozar de ese amor, de sembrar, esparcir, difundir la semilla del Evangelio y verlo crecer poco a poco. Sentimos el gozo y la alegría de Pablo cuando decía: “¡Ay de mí si no evangelizase!”. Cada uno deberíamos ser evangelizadores, ¡sobre todo con la vida! Y sentir aún más profunda e intensamente la alegría de evangelizar, sobre todo con la vida, que es la gracia y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda, y la nuestra. Existimos, somos sacerdotes para evangelizar, como señalaba Pablo VI (EN 14).

Tengamos presente, para no caer en ninguna tentación ni en ningún desaliento, que el motor principal de la evangelización en nuestra vida y en la Iglesia es el Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo el que hoy, como en los comienzos de la Iglesia, actúa en todo evangelizador que se deje poseer y conducir por Él, el que sugiere las palabras que por sí solo no sabría encontrar, predisponiendo al mismo tiempo el ánimo de quien escucha para acoger la Buena Nueva y el reino anunciado. Para evangelizar es necesario abrirse al horizonte del Espíritu Santo, a sus obras y seguirlas, dejar que Él actúe y nos lleve, sin temor de qué cosa nos pida y donde Él nos guíe. Hermanos sacerdotes y diáconos, ¡confiémonos a Él y confiemos en Él! Él nos hará capaces de vivir y testimoniar, anunciar nuestra fe, e iluminará el corazón de quienes nos encontramos. Ésta ha sido la experiencia de Pentecostés, de la que tanto tenemos que aprender y tanto deberíamos meditar. En Pentecostés, los Apóstoles reunidos en oración con María,

fueron transformados interiormente por el Espíritu: cambiaron, del miedo y encerrados, salieron a la calle, no siguieron encerrados ni se pusieron a elaborar “planes o estrategias” de pastoral, no se estrujaron los sesos, ni se calentaron la cabeza a ver cómo proceder: sencillamente salieron donde están los hombres de diversas procedencias y lengua, “Iglesia en salida”, como gusta decir a Francisco, apertura a Dios y nada más, salir para anunciar su Palabra, una lengua nueva la del amor, que el Espíritu Santo pone en los corazones, y que todos entienden y se expresa en toda cultura y situación: la lengua del Espíritu Santo, la lengua del Evangelio es la lengua de la comunión, que invita a superar cerrazones, diferencias, divisiones y contraposiciones, como ya había anunciado cuando, resucitado, los envía con su misma misión que ha recibido del Padre: la de unir y reconciliar.

Deberíamos preguntarnos todos cómo me dejó guiar por el Espíritu Santo de modo que mi vida y mi testimonio de fe sea de unidad y de comunión, de fraternidad y de comunión: ¿es siempre así entre nosotros? A veces parece que se repita hoy aquello que sucedió en Babel: divisiones, incapacidad para comprenderse, rivalidades, descalificaciones, envidias entre nosotros, tendencias irreconciliables, “a mí, eso no me va y no lo hago”, aunque sea obra del Espíritu que haya venido de Él. ¿Qué hago con mi vida? ¿Hago unidad en torno a mí o divido con las murmuraciones, las críticas, las displicencias, los desprecios o las envidias? Siguiendo con lo acaecido en Pentecostés, ¿qué sucedió más allí? Recordad el coraje, la libertad y la fuerza de los Apóstoles para anunciar la novedad del Evangelio a todos, con franqueza, “parresía”,

a “pecho descubierto”, podríamos decir, en voz alta, sin rubor ni temor, sin miedo y sin avergonzarse, sin complejo de ningún tipo, sin “darle corte”, en todo tiempo y lugar, con ocasión y sin ella. Esto, no lo dudemos, hermanos, también sucede hoy en la Iglesia cuando, por ejemplo, familias salen en misión a donde las manden, o cuando evangelizadores van casa por casa para anunciar el Evangelio encontrándose de todo y exponiéndose a todo, o cuando jóvenes y mayores anuncian el Evangelio en las calles y a los que pasan. Esto sucede también hoy para la Iglesia y para cada uno de nosotros, cuando nos dejamos abrasar y llevar por el fuego de Pentecostés, por la acción del Espíritu Santo, entonces se “desatan nudos” y salen nuevas fuerzas y energías de misión, nuevo coraje para anunciar el Evangelio. Hermanos sacerdotes y diáconos, no nos cerremos a esta acción del Espíritu Santo. Vivamos con humildad y valentía el Evangelio. Testimoniemos la novedad, la esperanza, la alegría y el gozo que el Señor aporta a la vida. Sintamos la dulce y confortadora alegría de evangelizar (Pablo VI, *EN* 81).

13. EVANGELIZACIÓN Y ORACIÓN DEL SACERDOTE Y DE LA COMUNIDAD, INSEPARABLES ENTRE SÍ

No olvidemos, por lo demás, otro dato de Pentecostés: estaban orando. La oración acompaña siempre la obra de la evangelización que es obra del Espíritu. Para evangelizar se debe partir de la oración. ¿Es así en nuestra vida, en nuestra obra evangelizadora? Algunas experiencias y realizaciones evangelizadoras, y algunos grupos eclesiales, por poner un ejemplo: las Células parroquiales, las comunidades de Abrahán, así lo realizan: antes de evangelizar se ora, la comunidad se queda orando mientras los evangelizadores van a los lugares de evangelización para evangelizar. ¿Todas nuestras experiencias o acciones evangelizadoras se acompañan de la oración de la comunidad? No tengamos miedo a evangelizar, ni sintamos corte o reparo en evangelizar; el Espíritu Santo nos acompaña, y Él es, como ya señalaba Pablo VI en *Evangelii nuntiandi*, y Francisco en *Evangelii gaudium*, el agente principal de la evangelización, dicha identidad más profunda de la Iglesia y nuestra, que hemos sido llamados a evangelizar, a ser pastores como obra del amor de Jesucristo, como Él mismo se expresa así en aquel diálogo conmovedor, tenido con cada uno de nosotros: “Pedro, ¿me amas? —Señor, Tú sabes que te quiero; —Apacienta mis ovejas”. Ser pastores y evangelizadores es obra de amor y al amor conduce.

Por cuanto vengo diciendo en estas últimas páginas, por la naturaleza de nuestro ministerio, por la Eucaristía, por la unción del Espíritu Santo, hemos sido elegidos, llamados y constituidos sacerdotes para evangelizar, para hacer

discípulos de todas las gentes y de todos los pueblos. Debemos tener un profundo sentido evangelizador y misionero que nos lleve a evangelizar, que nos conduzca a ayudar a hacer cristianos o mejores cristianos donde la Iglesia nos pida y nos demanden y reclamen las gentes de nuevas tierras para nosotros desconocidas que nos piden su ayuda, que nos demandan el pan, sobre todo el Pan que sale de la boca de Dios, su Palabra, Bajada del cielo hasta la tierra y se ha hecho carne, se ha hecho amor encarnado, y sacia el corazón del hombre necesitado.

14. SACERDOTES “MISIONEROS”. LOS VICARIATOS DE LA AMAZONÍA PERUANA NOS ESPERAN

Recordad y no echéis en saco roto las palabras que os digo a continuación, que tanto tienen que ver con lo que vengo diciendo y abriendo mi corazón a mis hermanos y amigos, sacerdotes y diáconos del presbiterio de Valencia. Tomad conciencia cada día más de la voluntad de Cristo de ofrecer a todos los hombres la salvación. Esta voluntad, nos obliga a nosotros, configurados por el Espíritu con Cristo, sacerdote y pastor, a reavivar en nuestro ánimo el ardor misionero. Estimulando a cada uno de nosotros a hacernos todo para todos, para ganar, como sea, a algunos (I Co 9, 22). Que nos colma por dentro el celo apostólico y misionero, que nos devore el ardor misionero, que el Cuerpo de Cristo que se entrega por nosotros nos conduzca a entregarnos por los demás en ímpetu misionero aquí y en las tierras de misión. De nuevo aunque me digáis que soy un pesado y me critiquéis, estoy seguro, os insisto en el compromiso que tenemos con los Vicariatos Apostólicos de San José del Amazonas y Requena, en la Amazonía del Perú, que el Papa nos encomienda. Desde allí se oye la misma voz que Pablo oyó en sueños de los macedonios: “¡Venid, ayudadnos!”. No podemos ni debemos dejar de oír esta voz y desatender este ruego. ¿Por qué no me hacéis caso y me respondéis a la llamada que reiteradamente os he hecho? Debemos todos arriesgar: una Iglesia, un presbiterio que no arriesga envejece, languidece. No tengáis miedo ni busquéis excusas. Abriéndoos fraternalmente mi corazón con esta Carta Pastoral, os aseguro que en el momento en que el Santo Padre acepte mi

renuncia a esta Sede de Valencia, cuando llegue el momento oportuno, pediré que el mismo Papa me conceda partir para esos dos Vicariatos —yo también escucho su voz— como un misionero más y acompañando a los sacerdotes de nuestra diócesis que se hayan decidido a servir como misioneros *fidei donum* a aquellas iglesias y estén allí. Necesitamos espíritu misionero. Dios nos regala un Papa, que se llama Francisco. No es casual ni un capricho individual del cardenal Bergoglio el llamarse Francisco. Necesitamos ser como san Francisco: que en la visión de la iglesia de san Damián escuchaba su voz a reconstruir la Iglesia: y lo que la reconstruye y renueva es la misión, son las misiones, no otras estrategias o cambios estructurales; lo que la renueva son las Bienaventuranzas, el sólo Dios, la pobreza, misericordia, paz, unidad, el sentirnos como Francisco hermanos universales, la alegría. Debemos arriesgar; una Iglesia que no arriesga es una Iglesia que está parada, inmóvil. ¿Queremos una Iglesia así? Los nativos de la Amazonía peruana nos esperan. ¿Vamos a defraudarles? ¿Vamos a prestarnos a hacer el ridículo cuando la diócesis de Valencia ha mostrado valentía y generosidad para ir a la Amazonía Peruana como misionera, cuando el propio papa Francisco nos envía? Pensadlo y dadme, por favor y amor de Dios, vuestras respuestas, queridos hermanos sacerdotes y diáconos.

15. VOCACIONES SACERDOTALES: NECESIDAD URGENTÍSIMA E INAPLAZABLE

No quiero finalizar sin referirme y compartir con vosotros una de las necesidades y exigencias más importantes y decisivas para el futuro de la Iglesia y de los hombres. Se trata de las vocaciones sacerdotales. Tomo palabras de san Juan Pablo II, que son para mí como un testamento de un padre a sus hijos a punto de partir a la Casa del Padre dirigidas a Obispos españoles en su última *Visita ad Límina* siendo él todavía Papa: “Es verdad que la situación social y religiosa no favorece la escucha de la llamada del Señor a seguirle en la vida sacerdotal o consagrada. Por eso es importante orar sin cesar al Dueño de la mies (*cf. Mt 9,38*) para que siga bendiciendo a España con numerosas y santas vocaciones. Para ello se debe fomentar una pastoral específica vocacional, amplia y capilar, que mueva a los responsables de la juventud a ser mediadores audaces de la llamada del Señor. No hay que tener miedo a proponerla a los jóvenes y después acompañarles asiduamente, a nivel humano y espiritual, para que vayan discerniendo su opción vocacional”, a lo que contribuirá de forma decisiva el curso Propedéutico que el próximo curso, D.m., comenzará en nuestra diócesis.

Necesitamos vocaciones a ser sacerdotes. Si hay sacerdotes, santos sacerdotes, habrá personas consagradas —tan necesarias— y laicos comprometidos; si no, todo se desmoronará. No bajemos la guardia en Valencia. Con el auxilio del Señor y nuestra entrega y testimonio sacerdotal, con ánimo gozoso y alegre por ser sacerdotes, con nuestra oración vigilante, y con el fortalecimiento de nuestra

comuni3n diocesana, remontemos una cierta ca3da en las vocaciones sacerdotales. Todos unidos, con un solo coraz3n, y sin miedo ni reticencia alguna, llamemos a ni3os y j3venes a seguir a Jes3s como sacerdotes, porque merece la pena ser sacerdotes, ¿verdad que s3? Somos necesarios para la Iglesia y el mundo, para que los hombres conozcan y sigan a Jesucristo, para que los hombres tomen parte en la Eucarist3a, presencia viva de Jesucristo ente nosotros, fuente de alegr3a, hontanar de amor del que surge todo amor y verdad que se realiza en el amor, ra3z de esperanza: esto es lo que el mundo espera: ¡qu3 maravilla ser sacerdotes! Damos gracias infinitas, gracias a Dios por este don y nuestra s3plica va a todo el Pueblo de Dios que peregrina en Valencia para que rece por nosotros: rezad por los sacerdotes, para que haya sacerdotes. Recemos los sacerdotes con toda intensidad y fe unos por otros.

16. “ÉSTE ES MI HIJO, EL AMADO: ESCUCHADLE”

Y para acabar, y no cansaros más, aunque pido y espero, al menos por cortesía, que me leáis y lleguéis hasta el final de mi Carta Pastoral que es la de un hermano y un amigo, sacerdote, Obispo que os quiere y que, como en tantas otras ocasiones, con esta Carta os está abriendo su corazón, os voy a recordar palabras del Evangelio de la fiesta de hoy, fiesta de la Transfiguración del Señor, la fiesta del Salvador: el Padre desde el cielo dice: “Éste mi Hijo, el amado, escuchadle”. ¿Qué significa escuchar a Cristo? Es una pregunta que no puede dejar de plantearse todo cristiano, y menos un sacerdote o un diácono. ¿Qué significa escuchar a Cristo? Toda la Iglesia, cada uno de nosotros debemos dar una respuesta en las dimensiones de las generaciones, de las épocas, de las condiciones sociales, económicas, culturales, políticas, religiosas, que cambian. Debemos dar esa respuesta auténtica si no queremos correr el riesgo de mundanizarnos y si no corremos el riesgo de comportarnos como enemigos o indiferentes a la Cruz de Cristo. La respuesta debe ser auténtica y sincera.

Escuchar a Cristo en Quien hemos conocido el amor, que es Dios. Escuchar a Cristo en quien vemos y palpamos que es el Hijo de Dios venido en carne, muestra de su amor. Escuchar a Cristo en quien vemos y palpamos que Dios no ha permanecido indiferente a la suerte de los hombres, porque, Dios verdadero de Dios verdadero, Cristo ha dado su vida por nosotros en un amor hasta el extremo y sin medida. Escuchar a Cristo, Hijo de Dios vivo, que ha descendido a nuestra pobreza y a nuestra menesterosidad, que ha entregado su propia vida

sin reservarse nada, que ha venido a sanar a los enfermos y traer consuelo a los corazones desgarrados y afligidos. Escuchar a Cristo, que se ha identificado con los pobres, con los que sufren, con los que pasan hambre o sed, con los que no tienen techo o están privados de libertad. Escuchar a Cristo, que, como el buen Samaritano, se acerca al hombre caído, malherido, marginado, tirado en la cuneta, olvidado de los hombres, para curarlo y llevarlo donde hay calor y cobijo de hogar. Escuchar a Cristo que nos ha manifestado y dicho que Dios es Amor, y que quien permanece en el amor permanece en su amor en su gloria. Escuchar a Cristo para servirle orientando el mundo hacia el Reino definitivo de su Salvador. Acabamos casi como comenzamos: mirar a Cristo en nuestro camino con nuestra mirada fija puesta en Él, ir a Él y seguirle a Él, como únicamente se le puede seguir: despojándose de todo y tomando la cruz de cada día, aprender de Él, escucharle a Él, el Hijo amado. Debemos apresurarnos a ir a Cristo y con Cristo, que en el cielo es nuestro guía, con quien brillaremos con nuestra mirada nueva del Espíritu, renovados en nuestra imagen y hechos conforme a la imagen suya, dispuestos para los dones de Dios. La verdad es que con Jesús se reviven en nosotros aquellos sentimientos de aquellos tres apóstoles elegidos del Tabor: “¡Qué bien se está aquí!”. ¿Hay algo más dichoso, más gozoso y alegre que estar con Dios, ser hechos conforme a Él, vivir en la luz? “Qué bien se está aquí”, en Cristo y con Cristo, unidos todos como hermanos, miembros de una Iglesia apostólica en la que habita Jesús, donde todo es nuevo, es luz, “donde está el gozo, la felicidad y la alegría, donde el corazón disfruta

de absoluta tranquilidad, serenidad y dulzura, donde vemos a Cristo Dios, donde Él, junto al Padre, pone su morada y dice al entrar: 'Hoy ha sido la salvación de esta casa', donde con Cristo se hallan acumulados los tesoros de los bienes eternos, donde hallamos reproducidas, como en un espejo, las imágenes de las realidades futuras" (Anastasio Sinaíta). Con estos sentimientos tan gozosos concluyo esta Carta, en la que comparto con vosotros vuestras inquietudes, dificultades, gozos y esperanzas, deseándoos todo lo mejor, que siempre es Cristo, bendiciéndoos a todos, dando un fraternal abrazo y pidiendo que recéis por mí como yo lo hago por vosotros. Que la Virgen María os acompañe siempre.

Valencia, 6 de agosto de 2018

Fiesta de la Transfiguración del Señor

+ An Domingo, Card. Cañizares
Arzobispo de Valencia

+ Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia